

The Mirror Column
8-23
Bishop William Joensen

Gozo Misionero

A los niños que regresan a la escuela podrán pedirles que relaten sus experiencias personales “qué hice en mis vacaciones de verano.” Yo no participé en RAGBRAI en el jubileo de su año de oro, pero me mantuve inspirado por lo que atestigüé a inicios de agosto en la peregrinación de la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa, Portugal, enfocándome en el grupo de nuestra propia diócesis conformado de aproximadamente 50 adultos jóvenes y los 6 adultos no tan jóvenes que los acompañaron. Bajo el liderazgo de Justin White de nuestro equipo de Evangelización y Misión, quien es responsable del ministerio de adultos jóvenes, ellos conformaron un diverso grupo en su mayoría de la parroquia de la Catedral de San Ambrosio en Des Moines quienes trabajaron para recaudar fondos por más de un año haciendo varios proyectos de servicio para poder participar en este evento espiritual excepcional.

El catalizador de esta reunión de alrededor de 400,000 jóvenes de todo el mundo en los días previos a la Misa Dominical de clausura (en donde 1.5 millones de fieles se reunieron hasta los límites que podía alcanzar la vista) fue la invitación y presencia de nuestro Santo Padre, el Papa Francisco. El pontífice de 86 años se notó cariñosamente animado al “agitar la olla” de esta sopa internacional de más de 200 nacionalidades, sabores culturales diversos, música vibrante y lenguas del Espíritu que se manifestaban en sincera adoración y alabanzas, incluyendo las incontables sesiones catequistas que giraban alrededor del tema “Levantarse” tomado del pasaje de Lucas 1:39-56 que trata sobre como María se apresuró luego de la Anunciación a visitar a su prima Isabel quien estaba embarazada.

Nuestro grupo de la Diócesis de Des Moines era en sí mismo un microcosmo de la Iglesia Católica; ellos revelaban la universalidad del Cuerpo de Cristo y de todos sus miembros, cuyos hermosos perfiles incluían mujeres y hombres de Eritrea, Sudán del Sur, Myanmar/Birmania, Ghana, así como de los condados de Polk y Taylor. Ellos llegaron a Portugal antes que muchos otros grupos para poder pasar algunos días en la Diócesis de Leiria-Fátima, en donde se conectaron rápidamente con las familias que los hospedaron y que no escatimaron costos ni sueños preparando sus comidas. Ellos superaron cualquier barrera de lenguaje en sus conversaciones e hicieron múltiples visitas al Santuario y a la villa en donde Nuestra Señora de Fátima hizo sus dramáticas apariciones a Lucía, Jacinta y Francisco. En muchos de los casos, nuestros peregrinos crearon conexiones con sus anfitriones que durarán más allá de cuando se sequen las lágrimas que derramaron cuando partieron de Lisboa.

En contraste con RAGBRAI, en donde cierta estridente exuberancia prevalece en lo que se convierte en una fiesta rodante deslizándose a través de la pradera de Iowa, la marca principal de la Jornada Mundial de la Juventud es un gozo puro e inalterado: gozo en la presencia del amado salvador, Jesucristo, en adoración Eucarística, o en la ‘Ciudad del Gozo’ cuya principal sede era el campo del perdón. Ahí, líneas y líneas de sacerdotes confesores se refugiaban en acabañas de confesión improvisadas ofreciendo la misericordia de Dios a los peregrinos por largos periodos de tiempo.

Un gozo efervescente fluía por las calles al ver a los jóvenes cantar, corear y bailar mientras iban de un evento a otro, encontrándose con otros jóvenes creyentes quienes marcaban el hecho que ellos nunca están verdaderamente solos si viven la fe como discípulos y testigos de Cristo. Y si, se veía el gozo cuando cantaban espontáneamente en presencia del papa, “¡Esta es la

juventud del Papa!”—con el doble sentido de referirse tanto al Santo Padre como al Padre celestial.

Así como lo enfatizó el Papa a todos nosotros que, sin importar la edad, todos somos amados tal y como somos, “sin maquillaje,” porque para Dios “ninguno de nosotros es un número, sino un rostro y un corazón.” El ser amado incondicionalmente antes de que hagamos algo o sin merecerlo no es una excusa para ser complacientes o llevarnos con inercia, menos aún una excusa para caminar por la vida únicamente bajo nuestros propios términos, definiendo el amor en términos que no están familiarizados con el Evangelio.

El amor de Dios incorpora un llamado a compartir en la misión de inyectar gozo en un mundo donde el rechazo y la apatía son demasiado prevalentes. El gozo es misionero: no pueden contenerse en sí mismo, sino que debe compartirse con los demás. Para esta misión debemos confiar en Jesús y en su infinita misericordia, y acoger igualmente una verdad vital: **Jesús confía en nosotros**; él confía en que los jóvenes pueden ser embajadores de la esperanza y de la transformación que nuestro mundo necesita tan urgentemente, rostros humanos que expresan a los demás que, en la Iglesia, “hay lugar para todos.”

Porque como nos advierte el Santo Padre, hay muchos a quienes conocemos de nombre, quienes juntan información que procesan los algoritmos y que se adhieren y aclaran nuestras individualidades a la vez que adquieren conocimiento, pero sin acogerlo con un amor personal y duradero. Éstas nos tocan melodías que prometen felicidad pero que nos descartan fácilmente cuando capitalizan en nuestros deseos de hacer algo significativo con nuestras vidas. El papa Francisco compara estas ilusiones fabricadas dentro de un mundo virtual con “burbujas de jabón, que inevitablemente revientan y nos dejan vacíos en nuestro interior.” De seguro, los problemas y sufrimientos de los jóvenes que se representaron en la creativa rendición de las Estaciones de la

Cruz revelaron el sentido de un vacío interior que puede ser causado por estar alejados de Dios y de sus semejantes.

En nuestro penúltimo día en Lisboa, fui el celebrante principal con nuestro grupo de Des Moines en la espléndida Iglesia de San Nicolás, incluyendo como concelebrantes a los Padres Raphael Assamah, James Downey y Paul Lippstock (de la Arquidiócesis de Dubuque), con la asistencia del Diácono Francis Chan. En mi homilía, animé a mi audiencia a hacer un balance y ser agradecidos por la forma en que Dios cumple sus promesas. Espero que hayan grabado en sus corazones los posibles movimientos del espíritu en donde Dios los llamaba a “levantarse,” ofrecerse a sí mismos a Dios tanto en formas que les sean familiares o inesperadas. Y que conforme se permitían navegar con estos santos deseos, mi oración era que siempre creyeran que, a pesar de nuestros errores y limitaciones, Dios nos promete siempre ayudarnos a cumplir nuestras promesas.

A diferencia del RAGBRAI, en donde los ciclistas mojan sus ruedas en el Río Mississippi y luego se dispersan en varias direcciones, la consigna de Cristo y de su Vicario el papa a los hombres y mujeres jóvenes que recibieron en las gracias de la Jornada Mundial de la Juventud es el permanecer en las conexiones que se formaron y el ampliar el círculo de comunión entre personas de todas las edades en sus respectivas diócesis. Aunque algo del fervor y la euforia del tiempo que pasaron juntos en Lisboa se puede desvanecer, los jóvenes van a servir en sus comunidades y en sus culturas si hacen dos cosas entre los demás: (1) Hacer preguntas. Como les aconsejó el Papa Francisco “No dejen de hacer preguntas... porque el hacer preguntas es una señal de inquietud, y la *inquietud* es el mejor remedio contra la *rutina*” que es lo que opaca el alma. Aunque esto va a requerir paciencia en espera a las respuestas a algunas de estas preguntas, el Dios de las sorpresas no nos desampará ni se olvidará de nosotros.

(2) Den servicio a los demás, particularmente a aquellos que están agotados, débiles o que tengan cualquier necesidad, ofreciéndoles el regalo precioso de una presencia atenta y una solidaridad gozosa. Apresurándose a escuchar a los demás es el limpiar efectivamente las lágrimas y el sudor de su frente, como lo hizo Verónica con Jesús en su trayecto en la pasión hacia su Padre. Una de las imágenes más intensas que me impactaron en Lisboa fue el gozo del grupo de intérpretes que representaron la Estaciones de la Cruz. Ellos me dieron un nuevo punto de vista hacia esta Sexta Estación a la vez que radiaban gozo en presencia del sufrimiento, portando la imagen del Salvador quien es al mismo tiempo, fuente y cumplimiento de nuestra búsqueda.

¡Qué los peregrinos de nuestra Diócesis de Des Moines en la Jornada Mundial de la Juventud continúen siendo misioneros y catalizadores de gozo para todos nosotros aquí en el terreno local de la fe en la que los hijos amados de Dios entran en un nuevo año escolar y en que el amor y la esperanza sigan madurando!